

Sucedió que Fermosa, haciéndose llamar Ycer, Lourenca, Beatriz y otros nombres, pues bajo ellos había de ocultar el verdadero, partióse para Indias, como así habíale dispuesto su buen padre Abraham. Contaba entonces diecisiete años y fue en las mismas fechas de abril de 1660 en que en Sevilla habíase celebrado el Gran Auto de Fe contra cuarenta y siete judaizantes.

Vísperas eran de la ceremonia cuando la nave «Gran Peregrina», llamada antes «Hispaniola» en las luchas del corso, abandonaba el puerto y se apartaba de los ojos llorosos de aquel hombre. Su llanto contenido iba borrándole la penosa imagen de una ilusión llevada por el agua como si se tratara de una estampa maldita.

El suspiro del aire, recién amanecido, que parecíale el soplo de un dios indiferente, un dios confuso, incierto, desdibujado, había hinchado las velas por encima del mar, tan inmensamente horizontal que no cabía en los ojos de Fermosa.

«Dios proveerá, hija mía», musitó el hombre recogiendo en la suya los ecos de una voz mucho más vieja. Después volvió a sus días.

Eran los de don Joao Álvarez y doña Elvira Moya, nombres también fingidos tras los que iban ocultos un médico portugués, buen amigo de Abraham, y su mujer, antes cristiana vieja, pues bajo su tutela había puesto el

anciano a la niña de sus ojos. También aquel Isaac Orobio de Castro y su esposa lloraron como muchos su condición proscrita. Él, que había sido insigne físico, profesor en Sevilla y tenido a su cuidado un gran duque, había perdido hacienda, respetos y prestigio por acusación falsa de uno de sus criados que, reprendido por robar, corrió a encontrar venganza al Santo Oficio. Bastó decir que la mujer no probaba el cerdo y que usaba de mudarse ropa limpia los sábados, para ver sobre ellos y sobre sus pertenencias el filo justiciero del Santo Tribunal. Y como larga y fatigosa había de ser la travesía, tendría la joven huérfana ocasión de conocer la historia toda de estos sus nuevos protectores.

—He aquí, hija mía, el comienzo de la multa —leía Fermosa a trompicones del pliego ajado y áspero que el médico le puso entre las manos:

«... que observa el Sabbath, poniéndose ropas limpias o de fiesta, camisas limpias y lavadas y tocadas; ordenando y limpiando sus casas el viernes por la tarde y encendiendo por las noches lámparas nuevas con bujías y antorchas, más temprano que las otras noches de la semana, cocinando en dicho viernes alimentos necesarios para el sábado y comiendo en este día así la carne cocinada en viernes, como es la costumbre de los judíos, no tocando los alimentos en todo el día hasta la caída de la tarde, y especialmente el ayuno de la Reina Ester...»

—¿Qué delito hay en esto? —había preguntado la muchacha, dejando de leer.

Era esa la primera vez que leía un documento con-

denatorio, la primera que hacía preguntas sobre ello. Y el camino emprendido mar arriba era largo, muy largo.

—Jamás lo supimos bien —le contestó don Joao.

—Vos, ¿sois judíos? —volvía a preguntar.

—Sí, hija, lo somos por fuerza —repuso el médico—, como tales huimos, como tales lo hemos perdido todo y como tales nos tienen y nos tratan.

Decía todo esto aún sin saber que a esas mismas horas se habían levantado ya las tarimas en medio de Sevilla, en una de las cuales aparecía el Santo Tribunal y hacia la otra irían ascendiendo, vestidos de ropones amarillos de aspadas bandas negras, cerca de medio centenar de reos. Que cien mil espectadores habían pagado caro para ver el desfile y que, entre los quemados en efígie, los relajados y los huesos escarnecidos por todas las gargantas, pregonábase los nombres de Joao Álvarez, alias Isaac Orobio, y de Elvira Moya, alias Raquel de Castro.

Nada de eso podía saber don Joao, navegando tan lejos del brasero y dado por muerto o por huido a las ciudades de Ámsterdam o de Amberes.

Poco sabía por entonces Fermosa de intrigas y maquinanzas. Había, sí, visto en los días de fiesta desfilar cuerpos semidesnudos y cirios encendidos en las manos de muchos. Pero jamás pensó que fuera por delitos. En su niñez presenciaba también fiestas de toros y las creía iguales, porque era siempre su ama quien la llevaba a verlas. No así los dos tutores que, por ancianos ya, habían conocido la garrucha y el agua tormentosa en las criptas secretas de los jueces, las cárceles mugrientas y lo que les costaba pagar con sus dineros, mientras duraron, acogerse a un edicto de gracia, o ver borrado el suyo entre los muchos otros

nombres que aparecían escritos en los autos de fe.

Lo que para Fermosa era un viaje halagüeño pagado por su padre, era para estos otros huida necesaria. Sabían incluso cómo, bajo sus pies, se consumían en sótanos y remos multitud de proscritos de peor suerte, traídos a galeras como pago liviano, tras haber abjurado de sus apostasías. De todo ello, Fermosa no sabía sino lo que su señor padre Abraham le había explicado:

«Astrólogos hay en Holanda, hija mía, que afirman la existencia de ignotas tierras en donde hay quien aguarda la llegada del verdadero Mesías. Y allá habrás de encaminarte en mi nombre y en el tuyo». A la tierna muchacha, educada entre cristianos viejos, le costaba creer tales augurios; ella, que terminaba cada rezo en voz alta con aquel «*gloria Patri et filio*» y que se santiguaba igual que su ama, ¿a qué otro Mesías había de ir a encontrar?

Había tenido aquel buen padre que esperar el momento oportuno para iniciarla, secretamente, en el Bar Mizvah. Sólo a partir de entonces se acostumbró la niña a ver modificadas sus plegarias, acabándolas «en el nombre del Señor, Adonai, amén»; a tocarse con el *talé* y a cantar, sin arrodillarse, los Salmos de David, si ello no comportaba riesgo para su vida. Pero tampoco entonces había entendido bien, a sus trece años, la trascendental diferencia. Cantaba, eso sí, por el placer del canto y aprendía de memoria versos de *Cuzari*; mas lo hacía por el capricho de usar lo prohibido. Y si guardó celosamente desde entonces los ritos de su padre, fue siempre por la veneración que hacia él sentía.

Ahora, sobre el mar, traída de la mano de estos hombres cansados, doloridos del viaje, de la secreta espera y las incertidumbres de su futuro incierto, era cuando la joven